

Cuando la esperanza se pierde

¡Hola amigos! Hoy va de pérdidas. Ya no es que los enamorados pierdan la cabeza, el corazón y el sombrero...Es que se pierden hasta dentaduras postizas en el bus.

En Madrid han tenido que ampliar la sede de objetos perdidos. Al parecer el despiste de los ciudadanos aumenta. El año pasado 45.000 olvidos se sumaron a los 65.000 del año anterior. Estoy convencida de que muchos de esos objetos los programan para que se pierdan y haya que comprar otros nuevos. Paraguas, llaves, gafas, monederos, guantes...Y hasta cosas más raras.

No os lo vais a creer, pero lo viví en persona. Disfrutaba en una cafetería de uno de esos desayunos que saben a gloria después de hacerse unas pruebas, en ayunas. Barra hasta la bandera. De repente, entrada espectacular de una señora, sola, con dos muletas. Y, como aún hay clase, revuelo general y señora perfectamente ubicada ante la tostada de mantequilla.

Poco después, alarma general. Señora desaparecida y dos muletas apoyadas en la barra. Búsqueda precipitada sin éxito. Doy fe.

También es curiosa la pérdida de monederos. Uno de ellos con una paga de 1300 Euros. Y, en una ocasión, hasta de un pobre loro en una jaula que, del susto, perdió el habla.

La gente es honesta y lo entrega todo, los taxistas en cabeza. En cambio, la mayoría pierde enseguida la esperanza y no suele buscar. Pasado dos años, los objetos son devueltos a quien los encontró.

Viví la experiencia de la búsqueda con tristeza ¡qué aventura! De más de 50.000 objetos solo 3.000 se recuperan. Es el porcentaje de la esperanza que hace vivir a muchos a media luz. Pero no se puede perder la esperanza como un paraguas. Hay que vivir en joven y yo me lancé.

¡Qué extraña impresión! “Oficina de objetos perdidos de la Comunidad de Madrid”. Montones de cosas se apilaban en el más ordenado desorden: bolsos, cajas de zapatos, mochilas...Y prendas de todos los usos, nuevas y menos nuevas. Un empleado que asomaba tras un cerro de mantas, me preguntó qué buscaba. Parecía aburridísimo, como si también se hubiera perdido y estuviese aguardando que vinieran por él. “Ya ve - comentó con desgana - tantas cosas aquí y sin que nadie venga a buscarlas”.

Me dolió el corazón ante tanta alegría de posibles encuentros, congelada inútilmente allí. Ya el letrero echaba para atrás. No se comprende por qué en lugar de “Oficina de Objetos Perdidos”, no se llame “de Objetos Encontrados”, puesto que esa es su razón de ser. ¿Acaso se abren oficinas para guardar cosas perdidas y por tanto inexistentes?

Las palabras negativas, tienen más fuerza que las positivas y quizá sea esa la razón de que acuda tan poca gente. También los que temen al fracaso parecen ahuyentar la suerte. Es el gran negocio de los sorteos de la ONCE donde son pocos, en proporción, los ganadores que van a cobrar sus boletos. Los compraron con tan poca esperanza de ganar, que ni se molestan en consultar la lista.

Qué difícil nos resulta a veces admitir la esperanza. Nos quejamos de no ser felices y quizás hemos rechazado nosotros mismos la felicidad, por no atraparla cuando pasaba a nuestro lado o no ir a recogerla, dándola por perdida.

Millares de hombres y mujeres pasan su vida repitiendo: “Sería demasiado bueno...” “Yo no, me hago ilusiones...” “Hay que ponerse en lo peor...” Es suficiente para que las pequeñas alegrías que se amontonan para hacernos felices, tomen las de Villadiego y no aparezcan.

Olvidaba un detalle importante: encontré mi paraguas...Me ilusionan los rojos y, grandes, como los portugueses. Al menos así me encuentran. ¿De acuerdo?

Os quiere.

Déborah

